

propia existencia. Iba á verter su biografía en *La pena de los sueños*, romance de su juventud, del tiempo de la tertulia en Fortis—veinte años atrás—con *K-Hito*, Galván, Mario Albar, Pertegás (el dibujante que decoró la villa francesa de Blasco), Paco Legua, Plá Mompó, Fernando Cuesta. Por aquella tertulia desfilaron infinidad de artistas españoles. Ella sirvió de modelo á Benavente para *La loca de los sueños*, y una fotografía del corro, hecha por Luis de Val, encabezó la publicación del drama benaventiano en *Por esos mundos*. Otra novela queda planeada en el océano de papel inédito de Luis de Val: *Mi caja de Pandora...*

Su gran amigo de Barcelona fué el doctor Ferrán, vecino suyo por la colina de San Gervasio, y cuyo «violin de Ingreso» era también la fotografía.

Su íntimo en Valencia fué Paco Legua, el pintor que dibujaba cabezas de moro y pedazos de mujer en los platos de todas sus cuchipandas, con un mondadientes y humo de cerillas. El pintor que fué el primer sacrificado de hospital al injerto de Voronoff.

Su íntimo ahora era Plá Mompó, novelista también y padre de la última «Miss España».

Charlando con la esposa de Plá y con su hija Aurelia cayó Luis de Val, fulminado en plena calle.

El quería morir así. Lo confesaba á todo el mundo.

—Como de un tiro. En un instante. Sin extinguirme, sin desangrarme. Y en Valencia.

Así quería. Y así ha sido.

Jamás había comprado cuartillas. Gastó por toneladas papel de todas clases. Visitaba las Ferias de Muestras para que le diesen prospectos. Utilizaba las hojas de almanaque, el reverso de las pruebas de imprenta, el sobrante en blanco de las cartas. Hubo cuartilla donde



Luis de Val, en el estudio de su casa valenciana donde ha muerto

escribió, por ambas caras, fragmentos de novelas distintas. El último papel empleado es una lámina, rasgada en dos, de uno de sus folletines.

Ganó millones. Despilfarró millones en viajes, aventuras, amores y manías. Antes, claro está, conoció el hambre. Hace unos años, al enfermarse en Barcelona, cambió su vida. Se hizo simple y humilde. Vendió su palacio barcelonés y se vino volando á su pequeño estudio de Valencia. Su fortuna se quebrantó en infortunadas jugadas de Bolsa. La arteriosclerosis le impedía trabajar. Y Blanca había muerto.

(Porque Blanca fué su gran amor. Su musa y su alma. Blanca, que era rubia, fina, que tenía unos anchos ojos azules y un bello cuerpo vibrante de inteligencia y ansiedad. Blanca, cuyos retratos poetizan la sombra de todos los rincones del hogar del novelista. Había muerto. Entonces. Y los enterradores se la habían llevado al amanecer dentro de la caja negra, vestida sólo de tosas...)

Enfermo, aislado, redujo su vida al culto de la muerta. Pero al fin renació el buen tiempo, y otra vez las manos voraces de aquel Bocaccio comenzaron á despojar de frutos al árbol encendido de sus cincuenta años...

Nuevamente Italia fué su alcoba.

Vivió en Valencia. Aquí casó con una noble dama. Le nacieron sus dos hijos. Después fué á Barcelona, á Madrid, á América, donde le arrastraban su sed, su intimidad rota, su violento y magnífico sensualismo...

Ha escrito millones de páginas de folletín, novelas, poemas, cuentos, teatro, artículos de periódico. Como folletinista hizo prodigios. Cobrar á peseta la línea. Dictar, simultáneamente, á cuatro amanuenses. Era en su época de barba rubia, chambergos y pipa, desafíos y trapisondas. Ahora, con los ojos débiles, no escribía ya. Su último manuscrito completo—rasgado por él mismo—fué *Claro de luna*. Ya no escribía sino los apuntes, y con ellos, en pie, improvisaba ante la máquina y los dedos de su secretaria...

Fué generoso, desgraciado y feliz, amigo de los humildes. A los siete años conoció la cárcel, acompañando á su padre, venerable político de izquierdas, gran amigo de Castelar, preso como conspirador.

De su obra, entre su denso olor humano, se desprende un aliento redentor, lleno de tormento y esperanza. El pueblo, cuyo dolor amaba, le dió á él todo su cándido y tierno amor...

Y el amor ha colmado todo su arte. Toda su vida. Sus folletines y sus brazos abiertos. Su alma de soñador inactual y sus anchas manos de segador de idilios...



Un aspecto del estudio de Luis de Val, en Barcelona

FEDERICO MIÑANA